

PESE A QUIEN PESE

La mayoría de conversaciones importantes, aquellas que recordamos con el paso del tiempo, son las que se dan bajo la intimidad de unas sábanas aún calientes.

Buscaban respuestas en una cama deshecha de aguantar mentiras, que crujía con cada verdad callada. Las respuestas danzaban sobre el colchón, mientras ellos desviaban la mirada por el miedo que les producía aceptar que habían perdido. Suele decirse “si las paredes hablasen...” aunque lo cierto es que una cama también tendría mucho que contar, o que callar.

Él se volvió para mirarla a los ojos antes de preguntar:

- ¿Cuándo supiste que te habías enamorado de mí?

- Cuando empecé a odiarte.

- ...

- Tus miradas me hacían sentir vulnerable. Nunca me había sentido así con nadie. Y eso me daba rabia, te odiaba por eso.

Se dio cuenta de que aunque miraba al techo, no lo veía. Sus ojos estaban vueltos hacia su corazón. Hablaba para ella, y pensó que habría dicho lo mismo aunque él no hubiese estado allí.

- Yo nunca había necesitado a nadie. Disfrutaba de mi libertad, de la soledad... no quería pensar por dos. Y menos aún dejar que otra persona decidiese por mí. Pero cuando nos miramos por primera vez aquella noche, todos mis principios se convirtieron en nada. Lo quería todo contigo. Mi cabeza me decía que saliese corriendo, pero el corazón me mantuvo clavada en la silla, expuesta a ti sin defensa posible. No lo reconocí hasta tiempo después, pero esa noche me enamoré de ti.

De súbito pareció darse cuenta de que no estaba sola, y lo miró a los ojos. Pese a que estaban en la misma cama, cabía el mundo entre ellos. Hacía tiempo que se había abierto una brecha, ambos lo sabían. Pero lo peor no era que no pudiesen salvar esa distancia. Lo triste es que no les quedaban ganas de intentarlo.

Las conversaciones se repetían, y las discusiones también. Se había roto el silencio que tanto odiaban, y las palabras que lo rompieron herían más de lo que ambos pensaban. Era inevitable. Tras años de matrimonio, y dos hijos en común, ella quería más: Quería

trabajar. Quería estudiar. Hacer cursos. Ser MUJER, se decía, debe estar por encima de ser madre y esposa.

- Ya eres mayor para estudiar-le dijo un día él.
- Nunca se es mayor para aprender- respondió ella.

Él se rió, no le contestó y continuó viendo la televisión. Ese día ella se sintió tan sola... la mujer más sola de la Tierra. Pero también fue ese día, el que decidió qué iba a hacer con su vida: lo que ella quería hacer. Con la esperanza de que él lo aceptase con el tiempo, pero pensando también, que si pasados los meses él continuaba insistiendo en que dejase sus clases, no lo haría.

Porque al casarse, ella había firmado un contrato matrimonial en el que nada ponía de prohibiciones. La prohibición estaba en la mente de su marido, en la de muchos maridos, pero no en la suya.

Pasados unos meses, recogiendo un diploma en la clausura de un curso, pudo decir orgullosa: soy mujer, madre, estudiante y trabajadora. Pese a quien pese.